

ORACION

EN ELOGIO A LA MEMORIA

del Ilmo. y Rvdmo. Señor Doctor

D. MANUEL JOSE MOSQUERA

Arzobispo de Bogotá

con ocasión del primer Centenario de su
nacimiento

LEÍDA EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL

el 10 de Diciembre de 1900

por el Señor Prebendado

D. RAFAEL MARIA CARRASQUILLA

Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario
Individuo correspondiente de la Real Academia
Española



BOGOTÁ

IMPRENTA NACIONAL

1900

SERIE B

TOMO 011

ORACION

EN ELOGIO A LA MEMORIA

DEL

Ilmo. y Rvdmo. Sr. Dr.

D. Manuel José Mosquera

Arzobispo de Bogotá

ORACION

EN ELOGIO A LA MEMORIA

del Ilmo. y Rvdmo. Señor Doctor

D. MANUEL JOSE MOSQUERA

Arzobispo de Bogotá

con ocasión del primer Centenario de su
nacimiento

LEÍDA EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL

el 10 de Diciembre de 1900

por el Señor Prebendado

D. RAFAEL MARIA CARRASQUILLA

Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario
Individuo correspondiente de la Real Academia
Española



BOGOTÁ

IMPRENTA NACIONAL

1900

Imprimatur.

✚ BERNARDUS
Archiepiscopus



*Absit gloriari nisi in cruce Domini
nostri Jesu Christi.*

Nunca permita Dios que yo me
gloríe sino en la cruz de Nuestro
Señor Jesucristo.

GALAT, VI-14

Ilmo. Señor

Excmo. Señor

Señores

Vengo, por recomendación de mi Arzobispo y del Capítulo Metropolitano, á hacer el elogio fúnebre del Reverendísimo Señor D. MANUEL JOSÉ MOSQUERA, con motivo del primer centenario de su nacimiento. (A)

Jamás, en ocasión análoga, tuve que tratar asunto tan alto, y, por lo mismo, tan difícil; tan grato para mí, y, por consiguiente, tan fácil.

Al pronunciar el elogio de un Prelado que acaba de fallecer, embargan el ánimo, junto con los méritos del finado, el espectáculo siempre nuevo de la muerte, y de la muerte de los grandes; el vínculo entre el que manda y el que obedece, roto para siempre; la memoria de los beneficios reci-

bidos, y la duda de si la cercanía del personaje aumentará ó hará menos visibles las cualidades á los ojos atónitos del panegirista.

Hoy acontece lo contrario : á medio siglo de distancia, la muerte ni asombra ni conmueve ; el Obispo ya pasó al dominio sereno de la Historia ; y el tiempo transecurrido, ó esfumando ó borrando las humanas flaquezas, deja ver al hombre, á lo lejos, en su verdadera magnitud y en todo el esplendor de su gloria.

Y gloria excelsa ha de ser la que perdura y crece, cincuenta años después de la muerte, en época de perpetuas mudanzas, de voluntades volubles, de enconadas envidias.

A los ojos de todo colombiano la figura del Sr. MOSQUERA es la más alta que registran nuestros anales eclesiásticos ; y eso que él vino á sentarse en la Sede de Zapata de Cárdenas, que trocó las mezquinas grandezas de la Corte de Carlos V por las gloriosas humillaciones de la vida franciscana ; de Arias de Ugarte, hijo de esta ciudad de Bogotá, de quien dijo el Papa Urbano VIII, en letras apostólicas, que era Prelado entre los Prelados, Obispo entre los Obispos ; de Caballero y Góngora, que juntó en sus manos las dos autoridades, para que rigiera el Estado con la caridad de un Arzobispo, y la Iglesia con la magnificencia de un Virrey. Y, sin embargo, cuando, hablando de los tiempos pasados, se dice *el Arzobispo de Bogotá*, todos entienden que se habla de MOSQUERA, como al nombrar al *Arzobispo*

de Milán, se aplica la frase ó á San Ambrosio ó á San Carlos. Los predecesores del Sr. MOSQUERA tienen á los ojos de los fieles auréola de confesores; el ARZOBISPO, la purpúrea de los mártires.

Por eso, sin la prudente sabiduría de la Iglesia, que, para lección de los vivos, no tributa los honores del triunfo sino á los reconocidos como héroes de santidad por la autoridad infalible del Papa, y que dispone que, mientras tanto, siempre se ore en sufragio de los muertos, mejor que las negras colgaduras y los cirios amarillos, y el canto funeral del *Dies irae*, responderían al estado de nuestro ánimo los ramos de flores y la profusión de luces y las notas regocijadas de los salmos de triunfo.

Sólo no extrañamos el estampido del cañón con que la Patria conmemora á su hijo. Lo mismo truena el bronce para llorar á los muertos que para glorificar á los vivos. Consiste en que la Iglesia, que es eterna, se lamenta ó se regocija en vista de la suerte futura de los suyos; la Patria, que es del tiempo, no tiene sino una voz para celebrar toda grandeza: la del que vence y la del que sucumbe en su servicio, la del héroe y la del mártir.

Por tales razones esta oración tendrá más de panegírico que de lamento. Ya oré por el ARZOBISPO y pedí á Dios que le dé el eterno descanso y que la luz perpetua le alumbre; cumplido el deber de cristiano y de sacerdote, dejad que el sacerdote y el patriota diga las grandezas del que fue honra de la Iglesia y ornamento gloriosísimo de la República.

I

Si el Sr. Arzobispo MOSQUERA hubiera sido sólo ilustrado, no sabio; sólo piadoso, no santo; sólo notable, no grande, principiaría el recuento de sus méritos por los de Popayán, su ciudad natal; los de su padre y hermanos, cuyas biografías reunidas son la historia de nuestra Patria durante un siglo; los de los maestros cuyas lecciones oyó, y acabaría por enumeraros los lauros académicos que obtuvo y los elevados cargos que se le encomendaron (B). Mas, hombres de la talla del Sr. MOSQUERA dan á su tierra natal más brillo que el que reciben de ella; son el ornato y orgullo de su estirpe, hacen estimados á sus maestros y, al ceñirse los laureles académicos, les devuelven el brillo que les hizo perder lo mucho que en nuestro siglo se prodigan.

El Sr. ARZOBISPO creció entre el estrépito y los hechos de nuestra guerra de emancipación; en aquel tiempo de hazañas legendarias y padecimientos acerbos, de abnegación y desprendimiento en medio de aterradoras crueldades. Vio nacer á Colombia, la de Bolívar, la grande; conoció de cerca al Libertador, y oyó su voz y presencié su gloria; y después fue testigo de las ingratitudes que lo llevaron á morir á poder de hondas tristezas y desengaños.

Hubiera el futuro Arzobispo nacido en tiempos de pequeñez, y ¿cómo habría levantado el espíritu y robustecido el carácter?

Ni ¿qué le habría enseñado la caída de un hombre que apenas hubiera sobresalido unas líneas sobre una generación de pigmeos?

La grandeza de los contemporáneos despierta en las almas nobles la emulación, principio de mucho bien; en las plebeyas y abatidas, la envidia, fuente de todo mal. La muerte de las ilusiones es madre, entre mundanos descreídos, de desaliento y escepticismo; entre cristianos de buena ley, de aquel desprecio de la vida presente que lleva á la perfecta imitación de Jesucristo.

También conviene recordar que en el Sr. MOSQUERA brotaron primero las cualidades de la voluntad que las del entendimiento; que aún no era docto y ya era profundo en piedad, y que si se empeñó en ser sabio, fue como medio de llegar con mayor facilidad á ser santo.

Le formó el corazón la gracia de Dios, fecundando las enseñanzas y ejemplos de su cristiano hogar. ¿Cómo alcanzó ciencia superior á la de su época y su país, sin haber cursado sino en escuelas y colegios como por fuerza habían de ser los de entonces? Oyendo no sólo á los maestros, leyendo no únicamente en los libros. La ciencia ajena aprendida como está escrita forma eruditos; para llegar á sabio es preciso leer en el universo visible, y en la sociedad de los demás hombres, y leer dentro de nosotros mismos. *Intus legere* dice Santo Tomás que es entender.

Las almas superiores necesitan del sacrificio, como el ave tiene necesidad de volar;

y ese anhelo se aumenta cuando todos alrededor se inmolan.

El Sr. MOSQUERA, obedeciendo á vocación divina, quiso ser holocausto, no en el sacrificio que se recompensa, después de la muerte, con monumentos públicos y estatuas, sino en el que tiene por galardón la palma del martirio. Mas no creáis que él se viera en la dura necesidad de elegir entre el servicio de la Patria y el de la Iglesia. Es la Iglesia, al decir de León XIII, el alma del Estado, y nadie trabaja mejor por la salud del cuerpo que quien fomenta la vida del espíritu.

“El sacerdote, decía el Sr. MOSQUERA ya Arzobispo, es un soldado que no debe cesar jamás de combatir para ganar almas; es un pescador de bombres, que siempre debe bogar en alta mar, y echar en sus profundidades la red, para sacar de ellas á los que huyen; es un segador que para recoger la mies, acepta con resignación el peso del día y del calor; es un mayor tomo que debe dar cuenta rigurosa de su administración y del empleo de sus talentos; es un pastor que debe correr tras las ovejas desviadas, atravesando precipicios y montañas, y volverlas al aprisco sobre sus hombros; es, en fin, el deudor de todos, dice San Pablo; del fuerte como del débil, del sabio como del ignorante, del cuerdo como del insensato. Ved aquí, hermanos míos, lo que es un sacerdote (1).”

Todos lo entendemos así, aunque no lo

(1) *Homilía de Pentecostes.*

sepamos expresar con tan hermosas palabras; pero sólo los varones consumados en virtud alcanzan á ponerse á la altura de su dignidad; y el ARZOBISPO, al pintar el sacerdote perfecto, sin pretenderlo se retrató á sí mismo.

¿Será maravilla que, apenas ungido presbítero, se le llamara á los puestos más elevados, á Rector del Seminario, á Regente de la Universidad, á Canónigo doctoral y á Vicario general, es decir, coadjutor, amigo íntimo, consejero nato de su Obispo? Y á tan graves tareas unía las de trabajador de la viña de Cristo, sembrando en el púlpito y cosechando en el confesionario y á la cabecera de los moribundos. Declaraba en aquella época no tener más amargura que lo breve del tiempo, y lloraba al pie del altar porque las veinticuatro horas del día eran insuficientes á su celo. No hubiera él entendido la mundana frase criminal: *matar el tiempo*.

A los treinta y cinco años de su edad, en la que el sacerdote de ordinario empieza con fruto su ministerio, disipadas á fuerza de dolores las últimas ilusiones de la tierra; en ésa fue elevado el Sr. MOSQUERA á la dignidad de Arzobispo de Bogotá. También San Carlos Borromeo fue Cardenal á los veintitrés años. Los genios y los santos siempre son viejos por la madurez de la inteligencia, siempre niños por la frescura del corazón (C).

Dio cuenta de su elección y de su consagración episcopal al Clero y á los fieles de su Arquidiócesis desde la ciudad de Popayán, en una carta pastoral que empieza así:

“ Llamado por disposición de la Divina Providencia, á ser sucesor de los Apóstoles, y especialmente al Gobierno de la Diócesis de Bogotá, voy ya á emprender la difícil carrera que me está señalada, dedicándome enteramente al servicio de aquella Iglesia. El domingo anterior recibí la Sagrada Ordenación de manos de mi venerado Padre y hermano el Ilmo. Sr. Obispo de Popayán, que me introdujo al Clero desde mi primera juventud; y cumplo hoy con un deber mío anunciándoos que me preparo para ir cuanto antes á abrazaros en el Señor, y daros el ósculo de paz.”

Habría podido el nuevo Arzobispo, á ejemplo de sus predecesores, poner en sus armas los blasones de nobleza de su familia. Pero él quería gloriarse en Cristo; de Cristo en la Cruz, y en ninguna otra cosa fuera de la cruz de Jesucristo. Su sello episcopal no ostentaba otra figura sino el signo de nuestra redención, rodeado de esta leyenda que compendia las aspiraciones de su alma, era su programa de gobierno y la historia anticipada de su vida de Obispo: *Absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Iesu Christi.*

El Capítulo Metropolitano de entonces se componía de ancianos consumados en virtud y ciencia, beneméritos de la Patria. Aceptaron sumisos la elección de la Sede Apostólica, pero no sin ansiedad muy explicable. ; Se hace tan llevadera la obediencia cuando el que manda nos aventaja en años y en servicios á la Iglesia; es tan dulce recibir á un superior conocido por experiencia y á quien nos ligan de antemano la amistad y el agradecimiento! (*D*)

Cabildo eclesiástico y Clero prepararon suntuosa recepción al nuevo Prelado; y en el sitio del encuentro, apareció ante los sacerdotes la esbelta é imponente figura del ARZOBISPO, en lo pleno de la juventud y la hermosura: el ancha frente coronada de abundantes y sedosos cabellos negros, la mirada limpia y firme; la corrección irreprochable de las facciones velada á los ojos del cuerpo y realzada á los del espíritu por las huellas del estudio, la meditación y la penitencia; y la apostura, el andar, los ademanes, y aquel modo de manejar los amplios pliegues de las vestiduras pontificales con todo el desenfado y la majestad de un príncipe y la recatada modestia de un perfecto sacerdote. Y cuando después de llenar á su paso la Catedral con la sencilla arrogancia de su porte, subió al altar y, con voz firme, varonil y perfectamente armoniosa, entonó el himno de San Ambrosio y San Agustín, en todos los pechos la duda se cambió en admiración, la indiferencia en cariño. A semejanza del Salvador, ganó para sí las voluntades con sólo el atractivo de su presencia.

¡Qué sería cuando Clero y fieles pudieron estimar las condiciones intrínsecas del Sr. MOSQUERA! Dios reparte sus dones como quiere, y concede á unos hombres lo que plugo negar á los demás. Pero, al crear al ARZOBISPO, se lo dio todo con largueza: familia ilustre y piadosa, belleza corporal, inteligencia soberana, alta ciencia de las cosas humanas y divinas, dotes egregias de escritor, el supremo dón de la elocuencia,

las dotes de gobierno, la majestad que subyuga, la cultura que conquista y atrae.

Y, en el orden de la gracia, le otorgó virtudes que no suelen reunirse en uno solo: la prudencia que acierta con los medios, la entereza que los pone por obra; la fortaleza que vence los obstáculos; la paciencia que, entre tanto, los sobrelleva; el celo que acomete las obras; la constancia que las hace perdurar; la magnanimidad que aspira á lo grande, la humildad por la que el hombre se reputa en poco; y juntas la pobreza voluntaria, y la magnificencia que esconde á la pobreza, y la limosna que le redobla el mérito.

Aquella impresión que produjo el ARZOBISPO en los primeros días, se fue acrecentando con el tiempo. Tuvo después enemigos, tuvo envidiosos, tuvo ingratos, pero sus amigos lo fueron cada día más fervientes. Hombres como el Arzobispo MOSQUERA inspiran amor ú odio: lo que nadie puede, aunque quiera, es mirarlos con indiferencia ó desprecio.

II

Al posesionarse del Arzobispado de Bogotá, hubiera podido el Sr. MOSQUERA decir las palabras de San León, al consagrarse Papa: *Domine audivi auditum tuam et timui: consideravi opera tua et expavi*. Señor, oí la voz con que me llamaste, y temí; consideré la obra tuya que me encomendaste, y me aterroricé. Le había precedido el Ilmo. Sr. D. Fernando Caycedo, varón magnáni-

mo, prócer de la Patria, desterrado en su defensa; Rector y bienhechor insigne del Colegio del Rosario y á quien debe Bogotá la fábrica suntuosa de esta Catedral, el Monasterio de La Enseñanza, la Casa de Ejercicios y la Capilla del Cementerio público; monumentos en que agotó su abundante caudal y sus copiosas rentas. Le elevaron al Episcopado en los postreros años de su ancianidad, y así el cargo pastoral no fue el estadio de sus combates y victorias, sino la corona de anteriores luchas y triunfos.

El Estado y la Iglesia no vivían ya, como en tiempos de fe, unidos por los vínculos de la estimación y del respeto, compenetrados sus organismos, sin confundirse, comunicándose vigorosa savia, acatándose con inviolada consideración, y sin que ninguno de los dos pensara en que el otro pudiera separársele; ni siquiera se entendían, como sucede hoy, por medio de amistosos convenios; ni era tampoco época de ataques descarados y sangrientos: era algo más temible para el sacerdocio y la Iglesia. La persecución á lo Diocleciano forma mártires; el regalismo jansenista forma apóstatas embozados. El Gobierno de Colombia y su sucesor el de Nueva Granada creían poseer el patronato concedido á los reyes de España, para defensa de la fe, convertido por los sucesores de Felipe V en instrumento de tortura para oprimir mansa pero apretadamente á la Iglesia, haciendo de ella una rueda de la máquina de gobernar, y del Episcopado y el Clero un ramo de empleados, sumisos, aun en lo espiritual, á los quererres del Gobier-

no. La Iglesia esposa de Cristo, nacida de su costado abierto en la cruz, no se desdora con ser víctima, porque no es mengua para la esposa seguir las huellas del esposo; pero nunca puede ser esclava la consorte del Rey de los Cielos.

No hago el tremendo cargo á todos los magistrados de entonces—húbolos sinceramente católicos y aun piadosos,—sino á la legislación, fundada en los prejuicios heredados de los funestos tiempos de Carlos III.

La educación pública no estaba informada por el espíritu de Cristo; y se daba la singular anomalía de que, bajo una constitución reconocedora de la divinidad de la Iglesia y con gobernantes católicos, en los claustros fundados por dos Arzobispos como seminarios de las doctrinas de la fe, dañaran el corazón de la juventud y le atrofiaran la mente las máximas sensualistas y los preceptos de la llamada moral utilitaria.

Las doctrinas racionalistas habían adquirido considerable boga; todavía se pensaba entonces que la incredulidad ó la duda eran señal de talento. La guerra de la emancipación había relajado las costumbres privadas; y, desaparecido el Clero colonial y sin que todavía otro lo reemplazara dignamente, faltaba en mucho la vivificadora acción sacerdotal.

El Sr. MOSQUERA creó el Seminario Conciliar de Bogotá. Si los que nos honramos cruzando sobre el pecho la beca blanca del Colegio del Rosario, miramos al Ilmo. Sr. Maestro D. Fray Cristóbal de Torres como benefactor y padre, le amamos dos siglos y medio después de su muerte, conservamos

con filial respeto sus cenizas y estudiamos sus doctrinas para seguirlas, sus ejemplos para imitarlos, ¿ qué deberá ser para los sacerdotes el Ilmo. Sr. MOSQUERA, á quien debemos no ya la educación cristiana, sino la formación sacerdotal; no el estudio sólo de las letras humanas, sino la iniciación en las divinas; no el derecho de llevar un escudo tradicionalmente glorioso, sino la sotana de los ministros de Cristo, y no sólo el vestido, sino los poderes, y además el indeleble carácter que, según enérgica frase de un Padre de la Iglesia, nos distingue, en el tiempo y en la eternidad, no sólo de los fieles, sino de los ángeles mismos? (E).

Era el día de Pentecostes. El Arzobispo MOSQUERA acababa de ordenar Presbíteros á varios de los alumnos de su Seminario. Al terminar la imponente ceremonia, subió á este púlpito para saludar á los nuevos cooperadores suyos y recordarles una vez más la santidad de su misión y la importancia de sus deberes. Entre mis venerados colegas del Capítulo Metropolitano hay todavía de los Sacerdotes consagrados entonces. ¿ Recordáis, padres y hermanos míos, aquel momento? Seguro estoy de que le tenéis presente con toda la viveza de las memorias juveniles. Permitid que el humilde discípulo vuestró repita ante vosotros, blancos de canas y cargados de méritos, lo que os dijo vuestro maestro cuando estabais en plena juventud, llenos apenas de buenas intenciones, y volved en espíritu á esos años que pasaron para siempre, y aspirad de nuevo por un instante el aroma ya disi-

pado de los días más felices de vuestra vida.

“ Vosotros, como imitadores del Cordero sin mancha que va á inmolarse todos los días en vuestras manos, sed en medio de ellos como corderos. Trabajad en convertirlos en lugar de confundirlos, exhortándolos con toda paciencia como el Apóstol San Pablo. Combatid los vicios, haced amable la virtud por una caridad universal, ganad los corazones por la dulzura de vuestras palabras y la humildad de vuestra conducta. Oponed á la malicia del mundo el candor y la simplicidad de una conciencia pura ; responded á sus censuras con la inocencia de vuestras costumbres y la integridad de vuestra vida ; á su ingratitude, con nuevos beneficios ; á sus calumnias, con buenas obras. Si los padres desechan vuestras lecciones, llamad á los hijos ; y si éstos también desprecian las palabras de vida que les deis, entouces, trabajad en su salvación por la oración continua, pidiendo al Cielo la mudanza de esos duros corazones. A los que os rehusen el justo tributo de que sois dignos por vuestros trabajos, oponedles la dignidad de la pobreza evangélica que tanto honra á un discípulo de Jesucristo. Adornados sólo de las virtudes de vuestro estado, se convencerá el mundo de que es más fácil despojaros, que envileceros ; privaros de vuestro salario, que arrancar de vuestro corazón el amor del trabajo ; y de que la gracia del sacerdocio de Jesucristo da una cierta elevación de alma que halla el mejor galardón de sus trabajos en sus mismos trabajos.”

No sé, cristianos, si el entusiasmo y la admiración me cieguen; pero me parece que las palabras que acabáis de oír pueden figurar sin desdoro en alguno de los sermones de Bossuet y que no desdicen, ni por el fondo ni por la forma, de las homilias de los Santos Padres de la Iglesia.

El buen hortelano no es el que esparce la semilla y la cuida hasta que brotan del seno oscuro de la tierra los primeros tallos; sino el que riega la planta y la deshierba alrededor y la defiende solícito hasta que da todas sus flores y rinde en sazón todos sus frutos. Así el Ilmo. Sr. MOSQUERA seguía á sus sacerdotes con vigilante celo en toda su carrera, animando al tímido, enardeciendo al tibio, corrigiendo al momentáneamente extraviado. Con tales fines, amén de otros medios establecidos por la Iglesia, fundó los ejercicios espirituales para el Clero. En ellos el ARZOBISPO era á un tiempo director y predicador y modelo de oración y recogimiento. Allí su corazón de padre, su inteligencia soberana de sabio, su celo de sacerdote, su autoridad de Obispo, producían obras maestras de aquella elocuencia que no se estudia, que no se consigue con esfuerzos, ni se prepara de antemano, ni se repite en términos idénticos, ni brota cuando uno quiere, sino cuando la inteligencia recibe destellos divinos y cuando el pecho se incendia con los amores grandes y nobles. Conocer á un orador por lo que escribe es ignorarlo.

Así como el raudal de nuestra catarata del Tequendama, con la rapidez vertiginosa,

sa de su descenso, con aquellas olas de espuma que se sobreponen unas á otras sin cesar, agitándose y revolviéndose como melena de un león encolerizado; con aquellas ráfagas que se desprenden de la masa de las aguas, y en el espacio se dividen en multitud de rizos; con aquel evaporarse en la mitad de la caída; con los mil arcosiris que le coronan en todas direcciones, ni se deja copiar por la fotografía, ni reproducir por los pinceles; así la elocuencia superior, no aprendida, repentina, de toda el alma, ni se puede trasladar con la escritura, ni profanar con la imprenta.

En más de una vez el ARZOBISPO, en el celo que le consumía por arrancar de sus sacerdotes aun las imperfecciones más ligeras, regaba la elocuencia con las lágrimas, y mezclaba las lágrimas con sangre, á fuerza de atroces disciplinas. Y hubo ocasión en que tales ardores le quebraron la salud y fue preciso llevarlo en litera á la casa episcopal. Entonces la ausencia del Prelado predicaba más que su presencia. Él, obedeciendo á Pablo, enseñaba la palabra oportuna é inoportunamente, argüía, rogaba, reprendía á los culpados; y, á pesar de la nativa severidad de carácter, no dudo que lo hiciera como lo manda el Apóstol, *in omni patientia et doctrina*. Con paciencia: es tan dulce la reprensión cuando la misma mano que abre la herida vierte sobre ella el aceite y el vino de la caridad! Con doctrina: es tan llevadera la corrección cuando lo que pierde el amor propio ofendido lo gana el entendimiento iluminado!

III

Me detuve aposta al narrar los méritos del Ilmo. Sr. MOSQUERA para con el Clero. Los sacerdotes deben ser el objeto preferente del cariño, la confianza y la solicitud de un Obispo, y jamás trabaja por sus fieles como al cuidar á los que adoctrinan al pueblo. El Redentor no predicó el Evangelio á toda nación, pero formó apóstoles que lo hiciesen en su nombre; y, la víspera de padecer, dijo á Pedro: *He rogado por ti para que no falte tu fe, y tú, una vez convertido, confirmá á tus hermanos* (1).

El ARZOBISPO cumplió con ese deber de hacer partícipes á sus ovejas de los dones celestiales. Es propio del Obispo, al decir de San Pablo, velar por el entendimiento de sus hijos en Cristo, *enseñando lo que conviene á la sana doctrina* (2); por conservarles recta la voluntad, *predicándoles la palabra de Dios* (3); por cuidarles en alma y cuerpo, *velando sobre ellos, trabajando en todo, haciendo oficio de Evangelista, cumpliendo el sagrado ministerio* (4); ha de preservarlos de todo peligro, *arguyendo á los enemigos de la fe* (5); y guiarlos con ejemplos, sir-

(1) Luc. XXII. 32.

(2) Tit. II. 1.

(3) II. Tim. IV. 2.

(4) *Ibíd.* 5.

(5) Tit. I. 9.

viendo de dechado á los fieles, en las palabras, en el trato, en la caridad, en la fe, en la castidad (1), para que el adversario se avergüence no hallando cosa mala que decir contra nosotros (2).

Es la doctrina revelada fuente purísima de luz, que, partiendo de la mente divina, se deposita en la Iglesia, y corre después, limpia y diáfana, por innumerables canales, á saciar la sed ardiente de verdad que aqueja al humano entendimiento.

Son los manantiales de la fe, la Escritura santa, *epístola de Dios omnipotente á sus criaturas* (3), y la Tradición, palabra divina no escrita á los principios, transmitida de una en otra boca, y consignada en las obras inmortales de los que fueron los más sabios de los santos y los más santos de los sabios: Atanasio y Crisóstomo, Ambrosio y Agustín y los demás á quienes apellida la Iglesia no hijos, sino padres, y santos padres suyos. Esa agua viva *que salta hasta la vida eterna* (4), conservada en toda su transparencia por la Iglesia, infalible en sí y en su Jefe supremo, llega de ordinario á las mentes de los fieles por la palabra oral de apóstoles, y misioneros y sacerdotes. El error de las sectas protestantes y su infecundidad incurable consiste en haber conservado la fuente suprimiendo los canales de riego, y haber

(1) I. Tim. IV. 12.

(2) Tit. II. 8.

(3) S. Gregorio Magno.

(4) Joan. IV. 14.

sustituído la letra muerta, como medio de difusión, á la palabra viva.

Conviene, sin embargo, que la interpretación de la Iglesia se condense y fije, sobre todo al tratarse de los misterios, verdades que entendemos sin comprenderlas, en ciertas definiciones y fórmulas invariables. A eso responde el *credo*, compuesto por los Apóstoles mismos antes de repartirse el universo, no para dominar los cuerpos, sino para señorear las voluntades; á eso los cánones de los Concilios y las enseñanzas dogmáticas de los Pontífices romanos. Explican aquellos símbolos y estas decisiones infalibles los doctores de la Iglesia, hermanando la fe con la razón humana. *Id á José*, dijo el Faraón al pueblo egipcio que le pedía de comer, *y haced cuanto él os diga* (1). *Id á Tomás de Aquino*, ha dicho León XIII á las naciones modernas, ávidas de verdad, *y creed cuanto os enseñe*.

Lo que son las grandes *summas* para el sacerdote, de entendimiento adulto, capaz de comer el pan con corteza de la alta doctrina teológica, eso es para el fiel, para el pobre, para el niño, para el sabio en las cosas humanas pero insipiente en las divinas, el Catecismo de la doctrina cristiana, *leche de los pequeñuelos*, como dice San Pablo.

Empleábase entre nosotros el excelente del sabio jesuita salmantino Padre Gaspar Astete, (*F*) exactísimo en doctrina, pero ya

(1) Gen. XLI. 55.

arcaico y, por lo mismo, oscuro en la forma, en ocasiones difuso y con mezcla de respetables opiniones teológicas, pero opiniones al fin, con la exposición del dogma revelado.

Emprendió el Sr. MOSQUERA la ardua tarea, no indigna de su talento y doctrina, de reformar el catecismo, y la llevó á cima de manera tal, que los catedráticos de metafísica y teología con frecuencia substituímos á las definiciones y argumentos de los libros europeos usados como texto, las del áureo librito de nuestro venerado autor.

Mas era preciso enseñar al sacerdote y al padre de familia á explicar el catecismo, y el Arzobispo MOSQUERA, Ministro del Verbo de Dios, que ama á los niños, reunía todos los domingos en la iglesia de San Carlos, á los pequeñitos y, rodeado de ellos, á ellos semejante en la pureza y el candor, viendo allí lo por venir de la Patria y de la Iglesia, bajando el regio entendimiento al nivel de las mentes infantiles, haciéndose débil con los débiles, hechizaba á los niños y los hacía sonreír y conmovirse de ternura, y les infundía el amor á Dios y á su Cristo, á su Evangelio y á su Iglesia, y á su Vicario el Papa. ¡ Cuántos que después pelearon como buenos las batallas de la fe, la aprendieron á amar cuando pequeños, de los labios del ARZOBISPO! Yo mismo he oído, de boca de ancianos respetables, máximas de sabiduría, explicaciones honradas de las verdades reveladas, y les vi prácticas de conmovedora piedad, y he sabido por ellos que todo fue aprendido hace más de medio siglo, en el inolvidable catecismo de San Carlos.

IV

A imitación de San Agustín, quien, uniendo á las divinas las humanas grandezas, porque todas vienen de Dios, decía que hubiera deseado ver tres cosas de los tiempos antiguos: á Roma en un día de triunfo, á Cicerón en la tribuna y á Pablo en el Areópago; dos espectáculos de la edad pasada querría yo haber presenciado en nuestra Patria: uno, al Libertador Bolívar, cuando de vuelta de sus épicas victorias,

Entraba en las abiertas capitales,
Bajo lluvia de flores
Y al estruendo de músicas marciales;

y otro, al Arzobispo MOSQUERA, cuando evangelizaba á su grey en este sagrado recinto. Aquí, donde estoy ahora con harta confusión de mi alma, aparecía la augusta figura del Pontífice; grave y recogido el semblante, como de quien acaba de hablar á Dios en favor de los hombres, y se prepara á narrar á los hombres las grandezas de Dios. Principiaba en tono pausado y con el propósito de poner valla á la elocuencia con que temía profanar la sencillez de la palabra divina; pero, poco á poco, la vista del inmenso auditorio devoto y atentísimo, el asunto que se iba ensanchando ante el espíritu, la necesidad de dominar la extensión de la nave y colmarla toda con la voz, hacían que se rompieran los diques y corriera la elocuencia de aquellos labios,

límpida, reposada, pero de avasallador, irresistible empuje. Los ecos de estas bóvedas altísimas se acostumbraron á repetir aquellos acentos, y como que no saben vibrar cuando, como acontece en este instante, la palabra no sube ni con la autoridad de un Obispo, ni con la unción conmovedora de un sacerdote santo.

Las enseñanzas del púlpito llegaban á toda la grey, dispersa en media República, en forma de cartas pastorales tan interesantes de leer hoy como entonces, porque son enseñanza de la verdad, inmutable como Dios; y refutación del error, que nada nuevo inventa y sólo sabe revestir con nueva forma los sofismas de los paganos y herejes de los primeros siglos de la Iglesia.

El fondo de los escritos del Ilmo. Sr. MOSQUERA lo constituyen la Escritura, los santos Padres y los grandes teólogos, aunque de preferencia los modernos á los de la Edad media; el estilo es francés, el lenguaje puramente castellano. Mucho debió de leer nuestros clásicos, para que sea tan castiza su prosa; pero no se advierte esfuerzo por ser rico, y el arcaísmo no acude casi nunca á su pluma. Se empapó en los grandes escritores franceses, pero no se contaminó de frase extranjera. Supo á maravilla no confundir en sí al escritor con el orador, y no dejó á los sermones sabor de estudio, ni á los estudios estilo de discurso.

En sus escritos, tiene de Lamennais, con más abundancia de frase; de José de Maistre, con más exactitud y menos brillo; de Balmes, con más vigor y no tanta transpa-

rencia. Pero nada hay en él de las genealidades literarias de Chateaubriand y Donoso Cortés, y eso que entonces aquel modo de escribir estaba fresco y en boga, y eso que es tan difícil no contagiarse con las excen- tricidades de los hombres de genio.

En la oratoria del Sr. MOSQUERA el esti- lo sube, la imaginación colora vivamente la idea, el sentimiento la enciende y hace vi- brar; y la frase, más numerosa, termina con majestuosa rotundidad y gallardía. Se ase- meja más á San Crisóstomo que á San Gre- gorio; es más discípulo de Bossuet que de Bourdaloue. Nada se encuentra en él de la deslumbradora é insólita manera de Lacor- daire.

V

Hizo llegar el Ilmo. Sr. MOSQUERA su influjo bienhechor á todos los confines de su diócesis, no sólo por medio de sus cartas, sino cumpliendo con el arduo deber de la visita episcopal. Se extendía entonces el Ar- zobispado de Bogotá desde los confines de Mérida hasta el límite extremo de la Provin- cia de La Plata: más de doscientas leguas de extensión, en el país cruzando por la cordille- ra de los Andes, montañas excelsas que sir- ven de base á otros montes más encumbrados que ellas. Realízase allí lo que no pudieron los titanes *tendentes opaco Pelion imposuisse Olympo*, que dijo el poeta (1). Unas de aque-

(1) Horat. *Carm.* lib. III-4.

llas cimas se cubren de perpetuas nieves; otras, menos sublimes, se coronan por páramos extensísimos, helados, azotados de ateridos vientos, y desnudos de toda vegetación, si se exceptúan gélidos helechos y arbustos enanos, espinosos y torcidos, arropados de musgo y líquenes. Entre aquellos picachos corren, mejor se derrumban los torrentes á buscar á miles de pies de profundidad el lecho de los ríos caudalosos que se arrastran en lechos de arena, orlados de la vegetación del trópico, la misma que plantó Dios en aquel propio sitio el tercer día de la creación. Allí el clima ardentísimo, la fauna que hierve y hormiguea, la exuberancia de la vida, productora activa de gérmenes de muerte. Las poblaciones humanas están situadas entre sí á largas distancias, y las ponían entonces en comunicación caminos que, en ocasiones mejor que vías para el tránsito del hombre, eran atajos para gacelas y cabras monteses.

Los Obispos de aquel tiempo sí que podían aplicarse las palabras con que resumía San Pablo sus fatigas: “En caminos muchas veces, en peligros de ríos, en peligros de ladrones, en peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en las ciudades, peligros en el desierto” (1).

Añade el Apóstol: *Peligros de los falsos hermanos*. Estos tampoco faltaron al ARZOBISPO. ¡Cuán dolorosos han de ser para un Prelado! Y nadie imagine que la gran-

(1) II Cor. xi-26.

deza de alma ó la cristiana resignación ó la santidad misma quiten á esa prueba su amargor; porque, como dice uno de los grandes ascéticos españoles: “El Señor no quiere á sus siervos insensibles como piedras, sino sufridos como hombres y que pueda más con ellos la ley divina que su propia deshonra” (1).

El Sr. MOSQUERA toleró los agravios y calumnias, sin queja, pero no sin dolor; sin tomar venganza, no por indolente sino por caritativo; sin perder el ardor de la voluntad, pero sí desangrado el corazón y quebrantada la salud del cuerpo. Aquellas diatribas venenosas no le arrebataron la buena fama: se la acrecentaron, por el contrario, y pasado el hervir de las malas pasiones, cayeron como manchas inborrables sobre la memoria de aquellos detractores. Así el nombre de Pilato se viene perpetuando en el *credo* al través de todas las edades cristianas.

Además de dar á todos sus hijos el pan de la palabra, se esforzó el Sr. Mosquera en desatarlos de los lazos de los errores contemporáneos: el sensualismo, que esclaviza la razón á los sentidos; el utilitarismo, que avasalla la voluntad á las pasiones; el protestantismo, que sujeta la fe al capricho individual; el cesarismo, que pone á la Iglesia bajo el dominio del Estado; el naturalismo liberal, que somete al Estado á la servidum-

(1) P. Rivadeneira, *Flos sanctorum*.

bre degradante de multitudes anónimas é irresponsables.

Contra todas esas doctrinas previno el ARZOBISPO á sus diocesanos; y, para rechazar los golpes asestados al celibato eclesiástico, secreto de la fuerza del sacerdocio católico, escribió un libro de oro, no indigno de Tomasino ó de Petavio, merecedor de grandes elogios que le tributaron personajes eminentes de Roma, vertido á idiomas extranjeros y consultado con provecho por los doctos del Antiguo Mundo (G).

Es, en nuestro siglo, la prensa periódica fuerza moral desconocida en las edades antiguas, y más poderosa — así lo creo sinceramente — para el mal que para el bien, aun manejada, en ocasiones, por los amigos de la sana doctrina. Porque ella divulga y lleva á todos los puntos de un país y acaso del mundo, cuando la ponen en acción los adversarios de la fe, toda clase de errores, mentiras y blasfemias; y entonces, y á veces en poder de los católicos mismos, hace público el juicio temerario y es eco de la detracción y la calumnia, adornadas con el prestigio que, para las gentes adocenadas, tiene la letra de molde.

Mas no puede negarse que el periodismo, puesto al servicio de la verdad y dirigido por la caridad y la justicia, preste inapreciables servicios. El Sr. MOSQUERA fundó *El Catolicismo*, el mejor semanario de carácter puramente religioso que ha existido en nuestro país. Logró la colaboración de eminentes escritores laicos, quienes, sin arrogarse el papel de directores de la Iglesia, se

contentaron con el gloriosísimo de soldados de la fe, á las órdenes del Sr. Arzobispo. Quiero en esta ocasión solemne y desde este sagrado lugar, rendirles, y con ellos á los que supieron imitarlos después, público homenaje de admiración y gratitud (*H*).

A la palabra, que ilustra la mente, á la acción que mueve las voluntades, juntó el Sr. MOSQUERA el ejemplo que se gana los corazones. De que era varón de estudios da testimonio la doctrina de sus obras; de que era hombre de oración, el encendido misticismo de sus sermones, que nadie adquiere sentado ante el atril de la biblioteca, sino arrodillado á los pies del Crucifijo. Sus peores émulos no fueron osados á calumniar la inmaculada pureza de su vida privada. Patentizó la humildad en el modo de sobrellevar injurias y persecuciones. A tantas virtudes añadió las mortificaciones corporales. No era de los que creen que las maceraciones sólo son de los claustros. Sabía que, así como el culto interior es incompleto sin la religión externa, así la penitencia del corazón no se sostiene sin dar tormento á la carne rebelde. Su lecho era tal que ni lo habría extrañado un cenobita, ni lo habría envidiado un mendigo; frugal hasta el extremo la mesa; los vestidos interiores del más áspero lienzo; y las disciplinas ensangrentadas que alguien logró ver á hurto de su dueño, testifican el espíritu que le animaba.

El Obispo, representante de los poderes de Dios, ha de ser depositario de la caridad divina: *Padre de los huérfanos, defensor de las viudas*. Las rentas del extenso Arzobis-

pado pasában casi todas de las manos del Sr. MOSQUERA á las de los pobres; y ocasión hubo en que se vio obligado á empeñar alguna alhaja de uso personal para dar de comer á sus criados y familiares.

Todos estos rasgos apenas fueron conocidos, en vida del Arzobispo, de unas pocas personas que los ocultaron mientras él vivió y los divulgaron después de fallecido. Bueno es respetar la humildad de los vivos; mejor, glorificar la memoria de los muertos (I).

VI

El Ilmo. Sr. MOSQUERA, si no con certidumbre de profeta, á lo menos con intuición de hombre de genio, sintió, en medio de la calma, el rugir lejano de la borrasca que se iba acercando. Tres años antes de que la tempestad estallase, cuando la paz reinaba, regía la República un partido respetuoso á la Iglesia y ocupaba el solio un cercano deudo del ARZOBISPO; éste, al responder á una felicitación de cumpleaños que le dirigió el Vicerrector del Seminario, dijo estas ó semejantes palabras á los jóvenes levitas:

“ Amargos días, hijos míos, se os preparan. Una negra, furiosa tempestad va á desencadenarse sobre la Iglesia en este país, producida por las malas doctrinas que se enseñan. Nosotros sucumbiremos á los primeros golpes, pero á vosotros se os quitará la vida á fuego lento. En esta lucha nada valen las armas materiales. La fortaleza, la paciencia, y demás armas es-

pirituales sólo se sacan de la oración constante y fervorosa y de la adhesión firme á la Iglesia y á sus santas doctrinas" (J).

Nada hay tan difícil para un Obispo como sus relaciones con las potestades civiles. Tiene que enseñar, con palabras y ejemplos, que la autoridad civil viene de Dios, como de fuente suprema; que *quien le hace resistencia, resiste á la ordenación divina, y el que tal hace se merece la condenación eterna* (1); debe atemperarse al mandato especial del Apóstol á los Obispos: *Amonésta á los fieles que estén sujetos á los Príncipes y á las potestades y les obedezcan* (2); al propio tiempo, no puede olvidar ni un instante que es Ministro de la Iglesia, sociedad perfecta, independiente en su acción de los gobiernos civiles y superior á ellos por su origen, su extensión, su duración, su fin y la infalibilidad que la reviste; que el sucesor de los Apóstoles obedece á Dios antes que al hombre, y resiste en ese camino hasta perder la vida; y que, si no puede valerse de las armas espirituales para cohibir la acción del Gobierno en lo de esfera puramente terrena, ni ha perdido, con la consagración episcopal, sus derechos de ciudadano, ni ha renunciado á sus deberes de patriota,

En 1843 se dio la República la Constitución más cristiana que tuvo mientras se llamó Nueva Granada. El Gobierno celebró

(1) Rom. XIII. 1.

(2) Tit. III. 1.

aquel acontecimiento, verdaderamente fausto, con suntuosa fiesta en la Catedral; y el Sr. ARZOBISPO quiso hacer el sermón en aquel día. Su tema fue: *Es preciso buscar en la legitimidad del Gobierno y en la Religión nacional el medio de adquirir y conservar la paz.* Oídle: “No obstante que todo ha cambiado entre nosotros; que se han substituído nuevos usos y nuevas costumbres á las que heredámos de los mayores; que se ha variado de uno á otro extremo la forma de Gobierno, el sentimiento de la legitimidad, tan propio de las almas católicas, es lo único que no ha desaparecido....

.....
La Nueva Granada dijo en dos épocas notables: ‘La Nación no quiere sino un Gobierno legítimo, sean cuales fueren las manos que lleven las riendas del Estado: la legitimidad es el guardián de todos los derechos, de todas las propiedades, la primera salvaguardia de la moral pública, el enemigo más grande de la tiranía, el más grande obstáculo al despotismo’.... Así habló la República, manifestando que sólo quería un Gobierno legítimo, y no un usurpador que fuese luégo su tirano.”

Y después de invocar la necesidad de un legislador que hable en nombre de Dios, un legislador único en el país, un legislador justo, añade:

“De este modo conocen las gentes que son hombres: *ut sciant gentes quoniam homines sunt.* La multitud siempre es débil y tímida, incapaz de conducirse y gobernarse por sí misma con sabiduría; no puede vivir

sin leyes, pero jamás sabe dárselas; necesita de ser defendida contra sus propias pasiones, contra su misma libertad y contra su inconstancia, que la tiene siempre pronta á desviarse y perderse, á dejarse arrastrar del primer sedicioso que quiere engañarla; siempre hecha ciego instrumento de los que quieren servirse de ella; siempre víctima de las revoluciones, que se hacen por ella, pero nunca para ella.”

Por fin, hablando del llamado *derecho de insurrección*, dice: “No es posible prescindir de reclamar á nombre de la moral y en presencia de los santos altares, contra la doctrina anárquica y antisocial de sublevar los pueblos contra los Gobiernos; ni dejar de prevenir á nuestras ovejas contra esa doble herejía política y religiosa, tan aprobada por los grandes Doctores de la Iglesia como por los más sabios políticos; no menos contraria al derecho natural y divino, que destructora de la autoridad pública, y de la del mismo Dios, de la cual la otra se deriva.”

Y, sin embargo, el hombre que así hablaba y sentía, se encaró á los poderes públicos y denegóse á cumplir varias leyes de su patria, dadas en nombre de la libertad. (K) El racionalismo le ha arrebatado á la Iglesia todo, hasta las palabras: lo único que no ha podido conseguir es lo que esas palabras significan. Un hombre no se rebela sino por error de la mente, por orgullo, ó por satisfacer apetitos vedados. En MOSQUERA no había ignorancia ni yerro: ya visteis cómo enseña los derechos del Go-

bierno; no orgullo, porque la autoridad pesa cuando uno se siente inferior, y él era superior á todos los Magistrados de entonces; no pasión, ya que él las tenía subyugadas.

Resistió, como los Apóstoles á las órdenes del Sanhedrín, como los mártires á las de Diocleciano. Tenía que obedecer á Jesucristo, ó al Congreso de Nueva Granada, y optó por Jesucristo.

Pero no desconoció al Gobierno, ni le negó sumisión en lo demás, ni concitó rebeliones contra él, ni procuró mermarle prestigio ó despertarle enemistades.

No os enumero las leyes inicuas, tan contrarias á la fe como á la libertad, á que el Sr. MOSQUERA se opuso: ya lo hizo nuestro actual dignísimo Arzobispo, con ocasión de la solemnidad de hoy. Ni quiero sombras fuertes para el retrato que estoy ensayando: á falta de otro mérito, que resalte la figura de mi héroe en plena luz.

Partió para el destierro, diciendo adiós á la dulce Patria, que, por ser madre, es tanto más querida cuanto más infortunada; dejando huérfanos á los hijos espirituales suyos; la diócesis viuda, la Iglesia perseguida, el error triunfante; y marchó con el cuerpo quebrantado, partido el corazón, sereno el espíritu, firme la voluntad, sin hieles el alma.

Su viaje de Bogotá á Marsella fue una *viacrucis*, por los dolores del alma y del cuerpo; un camino triunfal, por los homenajes sin precedente y sin imitación que se le tributaron. Nueva York, París, Amiens,

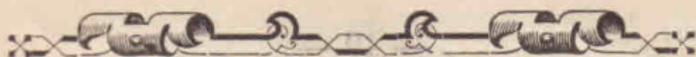
Marsella le rindieron muestras de respeto y amor desacoetumbrados allá aun para los más eminentes prelados europeos. Pío IX le aguardaba con los brazos abiertos ; y el MÁRTIR apresuraba su camino, con el ansia de echarse á los pies y dejarse estrechar sobre el corazón del Pontífice de María Inmaculada. *Videbo patrem antequam moriar*, escribía el Sr. MOSQUERA á Pío IX, *haec spes mea et oratio animae meae !* Veré á mi padre, antes de morir. Esta es mi esperanza, y esta la oración del alma mía !

Le faltó este último consuelo. Había querido vivir en la cruz ; bueno era que muriese enclavado en ella. Como Moisés, no vio la tierra prometida. Pío IX anhelaba tenerle en su compañía, para colmarle de honores ; Dios se apresuró más que su Vicario, para dar al mártir la corona de justicia. Expiró en Marsella, la ciudad de San Lázaro, el resucitado, el amigo de Jesús (*L*). Su cuerpo descansa en la cripta de Nuestra Señora de París, junto á los Arzobispos muertos por la fe en este siglo : Affre, Sibour, Darboy ; su corazón reposa en esta basílica, en el rico monumento que le dedicó la piedad fraternal : *Gemino dulci fratri supremum munus amoris*, que dice la inscripción funeraria (*M*).

Hoy, un siglo después de su nacimiento, estamos congregados aquí, no para honrarlo, que él no lo necesita, sino para honrarnos nosotros y refrescar su memoria. Allí, bajo el solio de tantos Prelados sabios y santos, nuestro dignísimo Pastor, sucesor del Sr. MOSQUERA, emulador de su celo ;

en redor de la cátedra, los sacerdotes : únos hijos espirituales del grande Arzobispo ; ótros, descendientes, en el orden de la gracia, de sus hijos ; allí los Magistrados de la República, hoy aliada, no perseguidora ; en la nave, en apretada muchedumbre, los fieles, que aprendieron la fe en el catecismo del ARZOBISPO y que oyen las enseñanzas que los sacerdotes supieron de labios de MOSQUERA ó de los discípulos suyos ; y, dominándolo todo, allí en el altar, la cruz de Jesucristo, instrumento de suplicio y prenda segura de gloria ; tutela de la cuna del niño, sombra de la sepultura de los fieles, adorno único de la choza del pobre, joya preciada de la corona de los reyes ; señal del cristiano, escándalo para el judío, ignominia para los gentiles ; consuelo del criminal que se convierte, espanto del pecador endurecido ; siempre enhiesta como la majestad de Dios, recta como su justicia, con los brazos abiertos como su misericordia. Fue el emblema del Sr. MOSQUERA, le confortó en las pruebas, le acompañó en el último suspiro, está grabada sobre el sepulcro que encierra su cuerpo, corona el monumento que guarda su corazón.

¡ Oh cruz santa ! Quiera el cielo que no nos gloriemos en lo sucesivo sino en ti, en ti padezcamos hasta morir en tus brazos, y seas el principio de nuestra resurrección futura. *Absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi.*



NOTAS

(A) Para esta oración nos hemos servido principalmente de las obras relativas al Sr. MOSQUERA, publicadas por su hermano D. Manuel María, á saber:

Documentos—para la biografía—é historia del episcopo—del Ilustrísimo Sr.—D. Manuel José Mosquera—Arzobispo de Santafé de Bogotá.—París—Tipografía de Adriano Le Clère—1858—3 volúmenes en 4.º—PP. 715—744—753.

Memorial—del—Ilustrísimo y Reverendísimo Señor—Manuel José Mosquera—Arzobispo de Santafé de Bogotá—Confesor de la fe—respetuosamente dedicado—al venerable clero de su Arquidiócesis—por—M. M. M.—El mismo pie de imprenta y año del anterior—1 vol. en folio mayor, con retrato del Arzobispo y lujosos grabados marginales en todas las páginas—PP. CLXXXVII.

Además nos han sido de grande auxilio los datos que ha tenido la bondad de proporcionarnos el venerable sacerdote Dr. Fernando Piñeros, dignidad de Chantre del Capítulo Catedral, discípulo que fue del Sr. MOSQUERA y ordenado por él. Hemos aprovechado también lo que hemos oído á otras personas respetables que conocieron al Arzobispo.

Las honras fúnebres en las que se leyó esta oración fueron promovidas por el Ilmo. Sr. Arzobispo Dr. Bernardo Herrera Restrepo, con aprobación y concurso del Venerable Capítulo Metropolitano.

(B) MANUEL JOSÉ MOSQUERA nació en Popayán, capital de la provincia del mismo nombre (hoy del Departamento del Cauca) en el Virreinato de la Nueva Granada (hoy República de Colombia), el 11 de Abril de 1800. Sus padres fueron D. José María Mosquera y D.^a María Manuela Arboleda; sus hermanos varones, D. Joaquín, D. Tomás Cipriano y D. Manuel María (gemelo del Arzobispo).

En 1819 vistió la beca de convictor en el Seminario de Popayán, abierto mediante el celo del Gobernador de la Provincia Coronel José María Ortega Nariño (después General), y allí estudió humanidades y filosofía. Pasó al Colegio Mayor de San Luis, en Quito, donde se graduó Bachiller en filosofía; y después á la Universidad de Santo Tomás, de la misma ciudad, á estudiar ambos derechos, hasta graduarse Doctor el 11 de Mayo de 1823.

Recibió la tonsura y las órdenes menores, en Popayán, antes de partir á Quito; en esta última ciudad, el subdiaconado y el diaconado; y le ordenó Presbítero, en Popayán, á 9 de Noviembre de 1823, con dispensa de edad, el Obispo de esa diócesis Dr. Salvador Jiménez y Enciso Cobos Padilla.

Su carrera sacerdotal fue esta:

1824—Capellán mayor de la Cofradía de Nuestra Señora del Rosario.

Mayo de 1825—Juez hacedor de diezmos del Obispado.

1825—Visitador del hospital de caridad. Mayo 1828—Defensor de Matrimonios.

1827 y 1828—Catedrático de Derecho civil en el Seminario.

Vicerrector de la Universidad del Cauca.

Mayo 1828—Examinador sinodal de la Diócesis.

26 de Septiembre de 1829—Le presentó el Libertador Bolívar para Canónico doctoral de Popayán.

24 de Octubre de 1829—Tomó posesión de la canongía. 8 de Mayo de 1832—Gregorio XVI le nombró su Prelado doméstico.

(C) Gregorio XVI preconizó al Sr. MOSQUERA Arzobispo de Bogotá, el 19 de Diciembre de 1834. El nuevo Prelado lo comunicó al Capítulo el 30 de Abril de 1835. Le consagró, en la iglesia de San Francisco de Popayán, el Sr. Obispo Jiménez Enciso, asistido de los canónigos (en vez de Obispos) D. Mariano Urrutia y D. Francisco Castillo, el día 28 de Junio de 1835, domingo tercero después de Pentecostés. Su primera pastoral tiene fecha de 1.º de Julio, desde Popayán.

(D). El Capítulo de entonces constaba de los señores: Andrés María Rosillo, Javier Guerra de Mier, Vicente A. Gómez, Nepomuceno Escobar, José Antonio Amaya, Marcelino de Castro, José Jorge de Torres y Estans, Antonio Herrán.

El Arzobispo MOSQUERA entró á Bogotá el 21 de Septiembre de 1835.

(E) El Sr. MOSQUERA obtuvo del Congreso que se le entregara para Seminario mayor una parte del edificio de San Bartolomé. Antes lo tuvo en el local de la venerable Orden tercera de San Francisco. Sobre eso nos dice el Dr. Piñeros:

“ En el año de 1845 había cerrado el Arzobispo un contrato de arrendamiento (ó tal vez de compra) de la casa alta contigua á la Arzobispal (que fue después de la familia Carrizosa) con el exclusivo objeto de poner en ella el Seminario mayor y velar mejor por la educación moral é instrucción científica de los candidatos para el sacerdocio. Sábenlo los liberales, y eso fue suficiente para que interpusieran su influjo poderoso sobre el vendedor, á fin de que se retractara del negocio y se frustrara así el benéfico proyecto del Arzobispo. A pesar de todo, tomó en arrendamiento el local de La Tercera para establecer el Seminario mayor, y confió á los Padres Jesuítas la dirección del menor. Le vi yo visitando en La Tercera, dos ó tres veces por semana, su predilecta institución; allí le oí los sermones de ejercicios de los seminaristas, cuando el estado de su salud le permitía hacerlos ó predicarlos; sus homilias sobre los dones del Espíritu Santo, cuando se retiraba á prepararse para celebrar el aniversario de su consagración; sus conferencias dominicales sobre los deberes y conducta de los sacerdotes.”

El Seminario menor, en manos de los Jesuítas, produjo opimos frutos: en él se educaron muchos que después han brillado en el país, en primera línea. El Sr. MOSQUERA coadyuvó á la venida de los Padres, traídos por el Gobierno del General Pedro Alcántara Herián y su Secretario de lo Interior, Dr. Mariano Ospina (1). El Arzobispo predicó el sermón con motivo de la llegada de los Jesuítas, los colmó de atenciones y lloró más tarde su destierro. Ellos lo trataron con el mayor respeto y cariño cuando llegó expatriado á Europa; el Padre Beckx, General de la Compañía, hizo el más caluroso elogio del Arzobispo, y quiso que se aplicasen por él los sufragios acostumbrados por los bienhechores insignes.

(1) El decreto está firmado, en ausencia del Presidente, por el Vicepresidente General Domingo Caycedo.

Conforme á los cálculos del periódico *El Catolicismo*, el Sr. MOSQUERA gastó en el Seminario mayor parte de su peculio, parte de limosnas que colectó, 80,000 pesos, suma en aquellos tiempos muy considerable.

El primer Rector del Seminario mayor fue el Sr. Dr. CARLOS CALVO Y ORTEGA, cuyo elogio mayor fue este nombramiento y el modo como correspondió á la confianza del Arzobispo.

(F) El Padre GASPAS ASTETE, español, nació en Salamanca el año de 1537. A los diez y ocho años entró á la Compañía de Jesús en 1555. Concluidos todos los estudios, hizo la profesión solemne de cuatro votos. Era varón religiosísimo, y de suma destreza para dirigir y adelantar la juventud en virtud y letras. Enseñó teología, fue Rector y maestro de novicios. Finalmente, de más de sesenta años, murió en la paz del Señor el día 30 de Agosto de 1601. Del año 1592 al de 1598, se publicaron las siguientes obras del Padre Astete: *De institutione iuventutis christianae*, *De statu religionis*, *De gubernatione familiae*, *et statu matrimonii*, *De statu viduarum et virginum*, y el Catecismo de los niños.

(*Bibliotheca scriptorum Secretatis Iesu*, del P. Rivadeneira).

Ignoramos si las tres primeras obras, cuyos títulos no hemos traducido, serían escritas en latín ó en castellano.

(G) La primera edición del libro sobre el celibato eclesiástico tiene este título: *Compendio—de—doctrinas ortodoxas—sobre la cuestión—del matrimonio—de los clérigos mayores* (aquí las armas del Arzobispo) — Bogotá — Imprenta de Bruno Espinosa, por José Ayarza — Año de MDCCCXXXVIII. PP. 89 en 4.º menor.

La segunda edición se hizo en Europa: *Compendio—de—doctrinas ortodoxas—sobre la cuestión del—matrimonio de los clérigos mayores—seguido—de un Apéndice, ó sea Juicio del Episcopado granadino en la—pretensión de abolir el celibato sacerdotal; de las comunicaciones—que han tenido lugar entre la Sociedad bíblica de Londres y el Arzobispo; y de dos pastorales sobre los Estudios canónicos y la sumisión—y obediencia á la potestad civil—por—el Ilustrísimo Sr. Manuel José Mosquera, —Arzobispo de Bogotá.* París — Imprenta de Bruneau — Calle — des — petits — champs 53 — 1842. — Prólogo del editor. PP. XIX. Texto, PP. 248 en 8.º

El prólogo cita los juicios, llenos de encomios, de dos periódicos europeos: *Gli Annali delle Scienze religiose*, de Roma, y el *Ami de la Religion*, de París. El primero era redactado por el sacerdote Antonio de Luca, después Cardenal de la iglesia romana. Este ilustre eclesiástico decía en carta á la persona que le envió el opúsculo del Sr. MOSQUERA: "Ha sido para mí más precioso que el oro que hace tiempos nos venía de esos lejanos países, y me ha parecido tan importante, que lo he hecho traducir del español al italiano, y lo insertaré íntegramente, lo más pronto posible, en mis *Anales*."

La versión al italiano tiene esta portada: *Compendio—di dottrine ortodosse—intorno alla questione—del matrimonio—de'cherici maggiori—per Monsignor—Emmanuele Giuseppe Mosquera—Arcivescovo di Bogotá—Versione italiana dallo spagnuolo—per—E.M—Roma—della tipografia Salviucci—1839. PP. 105 en 4.º menor.*

El traductor fue el sacerdote Emmanuele Marini, quien obsequió al Sr. MOSQUERA con el ejemplar que conserva la Biblioteca del Palacio Arzobispal, con dedicatoria como *rispettosissimo omaggio del Traduttore romano*.

El Sr. Pablo Mazio, de la Academia de la Religión católica, escribió al Sr. MOSQUERA una carta latina de felicitación, que se guarda en la Biblioteca Arzobispal. *Gavisus sum, dice, quod christiana doctrina penes gentes nostro orbe seiunctissimas tam strenuos adsertores nanciscatur.* "Gózome de que la doctrina cristiana, entre naciones tan distantes de nuestro continente, halle tan vigorosos defensores."

(H) *El Catholicismo* se publicó todas las semanas, durante el Pontificado del Sr. MOSQUERA, desde el 1.º de Noviembre de 1849, hasta el 5 de Febrero de 1854, día en que se da cuenta de la muerte del Prelado. Continuó durante la Sede vacante, y después bajo el Gobierno del Ilmo. Sr. Herrán, hasta el 25 de Diciembre de 1860.

Los principales colaboradores de *El Catholicismo* en la época del Sr. MOSQUERA fueron D. Ignacio Gutiérrez Vergara, D. Juan Antonio Marroquín, D. Venancio Restrepo, D. Rufino Cuervo (autor de la defensa del Arzobispo contra el escrito calumnioso titulado: *El Arzobispo de Bogotá ante la Nación*), D. José Manuel Groot, D. José María Saiz, D. José Joaquín Ortiz, etc. etc.

(I). El Sr. Dr. Piñeros nos dice: "Desde muy joven, en Popayán, como en Quito, el Ilmo. Sr. MOSQUERA no daba al descanso y sueño sino tres horas de la noche, sobre una estera, y con una sábana, una almohada y un cobertor; costumbre que observó con rigor durante toda la época de su Obispado, sin que fuera motivo para variar ni la fatiga y cansancio de la visita pastoral, como lo atestiguan los curas visitados y sus domésticos. Se esmeraban en prepararle muy buena cama. La hacía poner á un lado y se acostaba en la suya pobre. Yo mismo vi, mientras estuve en el Seminario, meter en la pieza, de cielo muy bajo y llena de ratones, que elegía el Arzobispo, esa pobre camilla en que dormía durante los nueve días de retiro en que se preparaba para celebrar el aniversario de su consagración.

"No le era extraña la disciplina de sangre, según relación de varios sacerdotes que asistían con él á ejercicios espirituales; y mi amigo, Rector del Seminario, Dr. Manuel María Saiz, me refirió haber encontrado sobre el cielo de la cama que usó, en la pieza destinada al Rector, después de unos ejercicios, la disciplina ensangrentada, la que días después fue á buscar y llevar, con mucha reserva, el Arzobispo.

"Cuando vino, en 1835, el Gobierno recaudaba y administraba la renta decimal, que, dado lo extenso de la Arquidiócesis, alcanzaba á varios miles de pesos. Fuera porque la Tesorería del ramo estuviera encargada á personas á quienes fuera antipático el nuevo Arzobispo, entre ellas acaso el eclesiástico hacedor de diezmos, ó por otras razones, el Sr. MOSQUERA se vio varias veces obligado á empeñar su reloj por algunos pesos, para desayunar á sus familiares y domésticos. No debe extrañarse, pues, que á los curas y beneficiados se les obligase en la Tesorería á presentar relación jurada de las rentas de los beneficios, á fin de exigirles una cuota sobre ellos á favor de los gobernantes, contra las disposiciones canónicas del Título III, *Beneficia sine diminutione conferantur*. Lib. III. Abusos mayores y menores de los pretendidos patronos laicos. De todo esto vi comprobantes entre los papeles de un anciano cura."

(J) Las palabras que citamos en el texto, conservadas por el Sr. Dr. Piñeros, fueron pronunciadas por el Sr. MOSQUERA el 11 de Abril de 1846, Sábado Santo, cuadra-

gésimo sexto aniversario de su nacimiento, en respuesta al discurso que le dirigió, en presencia de los seminaristas que habían ido á felicitar al Arzobispo por su cumpleaños, el Vicerrector Dr. Juan Manuel García Tejada (después Obispo de Pasto).

(K) Las principales leyes y decretos contra la libertad y derechos de la Iglesia, durante la administración liberal inaugurada el 7 de Marzo de 1849, fueron:

Decreto de 18 de Mayo de 1850—Por él se expulsó de la República á los Jesuítas.

Ley de 14 de Mayo de 1851—Suprime el fuero eclesiástico.

Ley de 27 de Mayo de 1851—sobre Patronato —Atribuía á los Cabildos parroquiales el nombramiento y presentación de los curas; les concedía á las cámaras provinciales el decretar los gastos del culto en las parroquias, etc. etc.

Ley de 30 de Mayo de 1851—Sobre redención de censos á favor de la iglesia, en el tesoro nacional, pagando la mitad de su valor. Esto se calificó por la ley misma de *arbitrio rentístico*.

Ley de 20 de Marzo de 1852—Disponía que los bienes, rentas y alhajas del Seminario *pasaran* al Colegio de San Bartolomé

Ley de 15 de Junio de 1853.—Decretó la separación de la Iglesia y el Estado.

(L) El Sr. MOSQUERA salió de Bogotá para el destierro el 19 de Junio de 1853, y llevó como compañeros al joven sacerdote Dr. Luis Lizarralde, que murió en el mar durante la travesía de San Tomas á Nueva York; á D. Manuel María que vino desde Europa con el fin de servir á su hermano, y al Sr. D. Rufino del Castillo, secular distinguidísimo, después sacerdote jesuíta.

Llegó el Arzobispo á Marsella el 5 de Diciembre de 1853. Allí supo que Pío IX le tenía en Roma alojamiento preparado en una casa alquilada con tal fin, en la calle de la Merced. En Marsella se alojó en el Hotel de Castilla con su comitiva, compuesta del Sr. D. Manuel María, la señora esposa de este último: D.^a María Josefa Pombo, que aún vive en Popayán; D. Rufino Castillo, el Dr. Eloy Ordóñez, granadino, médico residente en Francia, y el P. Querubín Brancadori, misionero franciscano, cape-

llán de viaje desde París. El día 9 ya no pudo el Arzobispo levantarse del lecho, y en él recibió la visita del Obispo de la ciudad, Monseñor Mazenod. El día 10, á las ocho de la mañana, cuando todos le creían muy lejano de la muerte, expiró; al día siguiente embalsamaron el cuerpo los Dres. Ducos, Profesor de la Escuela de Medicina, y Ordóñez.

Los funerales se celebraron el jueves 15, en la Catedral de Marsella, con misa pontifical del Sr. Obispo, y el cadáver se sepultó provisionalmente en una de las capillas de la Catedral. El R. P. Carlos Baret, Oblato de Marfa, predicó una elocuente oración fúnebre.

Fueron más tarde conducidos los restos del Arzobispo á la cripta de Nuestra Señora de París y colocados en un sepulcro junto al del Nuncio apostólico Monseñor Garibaldi.

El monumento que guarda el corazón, regalo del Sr. D. Manuel María, fue inaugurado en la Catedral de Bogotá, en 1868, por los Padres del primer Concilio provincial. Aún recordamos la suntuosa ceremonia, y el elogio del Sr. MOSQUERA, pronunciado por el Presbítero Manuel Antonio Bueno, Canónigo de Popayán. *Salutem ex inimicis nostris et de manu eorum qui oderunt nos*

(M) Alguien pudiera creer que al hablar del Arzobispo MOSQUERA nos hayan hecho exceder en los elogios el amor á la Iglesia, el celo por las glorias sacerdotales, el entusiasmo por los grandes hombres de nuestra Patria. Pero nuestros encomios son pálidos ante los juicios que formaron del Arzobispo los varones más conspicuos de Europa y América.

En la Junta celebrada por el Clero y estado laico de Nueva York, en la iglesia de la Transfiguración, bajo la presidencia del Arzobispo Hughes, con el exclusivo objeto "de expresar su admiración y simpatía hacia el ilustre desterrado de Bogotá," se le llamó "distinguido Prelado cuyo nombre figurará en adelante, en el mismo catálogo, con el grande Atanasio de Alejandría, con el elocuente Crisóstomo de Constantinopla," y le obsequiaron después con un anillo episcopal, adornado de una inscripción en que se daba al Sr. MOSQUERA el título de *Confesor de la fe*.

Le llenaron de honores, en Francia, Monseñor Sibour, el que en breve regó con su sangre las calles de París;

Monseñor Salinis, modelo del Obispo de los tiempos actuales; el eminente Cardenal Gousset; Monseñor Bouvier, el iusigne moralista; Wiseman, el moderno apóstol de Inglaterra. Los jesuitas Lefebvre y Ravignan, el apolo-gista Augusto Nicolás; el periodista católico por antono masía, Luis Veuillot, le honraron como á sabio, como á mártir. En el banquete ofrecido en Amiens á los Obispos que concurrieron á la glorificación de las reliquias de Santa Teudisia, Monseñor Salinis dio al Sr. MOSQUERA el primer puesto, después de Wiseman y antes de los Carde-nales franceses. Vio el pomoso desfile que acompañaba al cuerpo de la mártir del tercer siglo, sentado bajo dosel, revestido de pontifical y con el báculo pastoral en la mano; y cuenta Veuillot que los Obispos, al pasar, dejaban por un instante de venerar á la Santa muerta, para inclinarse ante el mártir vivo.

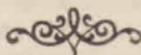
El elocuente Abate Combalot, en el panegrico de la gloriosa virgen, propuso que se fabricase un suntuoso relicario para guardar los restos sagrados, y añadió: "Este relicario perpetuará también la memoria y llevará la imagen del venerable y santo Arzobispo de Bogotá, del noble confesor, del mártir que ha venido á esta fiesta de tres mil leguas de distancia, como Teudisia ha venido de quince siglos atrás. No, jamás dejaréis de recordar á aquel santo Pontífice, sentado en un trono, en medio de la procesion que sus enfermedades le impedían seguir, y delante del cual se inclinaban, al pasar, los Cardenales y los Obispos. Ah! hermanos míos, las bendiciones de este confesor generoso, mártir desterrado, se unían á las de Santa Teudo-sia, y hacían descender sobre la ciudad y sobre la Francia, una lluvia de bendiciones y misericordias."

Santo y mártir lo apellidaron también el P. Baret y Monseñor Mazenod; y el P. Becks, General de la Compañía de Jesús, le llamó "uno de los más ilustres campeones de la fe." El episcopado y clero de Chile, por cartas, le llenaron de elogios; y el de Venezuela le rindió los homenajes más espléndidos.

El Ilmo Sr. Herrera, actual Arzobispo de Bogotá, ha dicho que su predecesor fue *egregio prelado, honra y prez de la Iglesia y de la Patria, una de las glorias más puras de esta sede arzobispal, ilustre confesor*; promovió la solemnidad del centenario del Sr. MOSQUERA, refrescó su memoria, compendió su vida y realzó sus méritos excelsos.

Por fin, el gran Pío IX le nombra "vigilantísimo Pas-

tor de aquella provincia eclesiástica, varón digno del honor de nuestros elogios y de los de esta silla apostólica"; dice de él que "sobresale por singular piedad, doctrina, prudencia y consejo, animado de celo apostólico"; escribió que su muerte había sido para Su Santidad "motivo de verdadero dolor," y añadió: "Veo claramente que Dios ha querido llamarlo á sí y darle el premio de tantos padecimientos como ha sobrellevado por la justicia." Palabras muy solemnes en boca del que canoniza á los santos.



ADDENDA

Debemos á la exquisita benevolencia de Monseñor Antonio Vico, Arzobispo de Filipos, Enviado Extraordinario y Delegado Apostólico en Colombia, la copia auténtica de la nota que dirigió el Cardenal Antonelli á Monseñor Barili, á la sazón Delegado de la Santa Sede, con ocasión de la muerte del Ilmo. Sr. MOSQUERA. Traducida del italiano esta carta, hasta hoy inédita, dice así:

“Ilmo. y Rvmo. señor:

“Hoy hemos recibido de Marsella la infausta noticia de la muerte del Arzobispo desterrado de esa Diócesis, Monseñor Manuel José Mosquera, acaecida en aquella ciudad el día 10 del corriente. No es preciso que ponga de manifiesto cuánto ha debido afligirse Su Santidad por tamaña pérdida, más sensible aún por acaecer en los momentos en que Su Santidad estaba preparado á abrazar al digno Prelado, quien ansiaba llegar á la ciudad para ofrecer personalmente sus homenajes á la angusta cabeza de la Iglesia.

Sucumbió el ilustre Arzobispo víctima de su inveterada enfermedad, que, aun antes del ataque fatal, se le había exacerbado mucho en París, y le había dilatado el viaje á Roma, donde, por orden del Padre Santo, se le había preparado alojamiento conveniente.
.....

“ J. CARD. ANTONELLI

“ Roma, 20 Diciembre 1853.

“ A Monseñor Barili, Delegado Apostólico—Bogotá.”



NOTA BENE—Sometido como estoy en todo á las disposiciones de la Iglesia, y en especial al Decreto de Urbano VIII sobre la materia, declaro que, si atribuyo al Sr. Arzobispo MOSQUERA los títulos de santo y de mártir, lo hago dando á esas palabras el mismo sentido humano que otros panegiristas quisieron darles, y sin la pretensión de prevenir el juicio infalible de la Santa Sede, única á quien corresponde definir sobre el grado de virtud y santidad de los siervos de Dios.